

si las manos, rogó á algunos de los circunstantes que lo hiciesen, y entretanto lo restante de los fieles estendia lienzos por el suelo para recoger la sangre. En este estado le cortaron la cabeza el día 14 de setiembre del año 258, cabalmente el mismo día que en el 257 habia anunciado que dentro de un año consumaria su martirio. Su pérdida fué sensible á los mismos paganos, que aunque se irritaban contra él cuando les cegaba su fanatismo, no tardaron en acordarse, bañados en lágrimas, que siempre el santo Pastor los habia igualado en sus caritativas liberalidades con las mas queridas ovejas de su grey. Los fieles le hicieron las exequias de un modo enteramente religioso; encendieron al rededor de su cadáver crecido número de cirios, dirigieron sus oraciones, y le canonizaron, por decirlo así, por aclamacion, ensalzando sus virtudes y ansiando cada uno acompañarle en la muerte.

Ademas de sus Epístolas nos han quedado muchas obras de este santo doctor; pero en general lo que caracteriza á todos los escritos de San Cipriano, aun mas dignamente que el acendrado talento que se nota en ellos y su admirable elocuencia, son aquellos vivos y santos ardores de la caridad primitiva que por todas partes respira. Y si bien no se encuentra en sus escritos una doctrina de nuestros misterios tan profunda como en las obras de los Padres del siguiente siglo; con todo, si se exceptúan los tratados acerca de la reiteracion del bautismo, en los demas no se encuentra nada que no sea en un todo conforme á la doctrina de la Iglesia Católica.

No tardaron en ser benignamente oidas las plegarias de los fieles mas afectos de San Cipriano que aspiraban á seguirle en el martirio. Por toda el Africa se estendió este ardor de unos en otros, y principalmente en Utica hubo tantos confesores, que

no habiendo bastantes verdugos para ejecutar los suplicios, se mandó llenar de cal viva un hoyo profundo, y dirigiendo la palabra el gobernador á los cristianos que estaban presos, les dijo: «*eseoged : ó rendir homenaje á los idolos, ó ser enterrados en este hoyo.*» Apenas habia concluido de pronunciar estas palabras cuando todos se arrojaron en él á un mismo tiempo y quedaron consumidos. Los fieles sacaron despues sus huesos; y como formaban con la cal una especie de masa, les llamaron *la Masa blanca*. Se ignora á punto fijo cuántos fueron; pero los autores que menos cuentan, dicen que escedia su número de ciento y cincuenta. Pretenden otros que su martirio fué en la época de la persecucion de Decio: otros afirman que se les dió el nombre de *Masa blanca*, porque eran muchísimos, y porque padecieron por sostener la pureza de la fé; mas todos convienen en su grande fortaleza y excesivo número.

El procónsul Máximo, que habia condeñado á San Cipriano, murió poco despues que él; mas con todo, la persecucion no dejó de continuar, y se prosiguió sacrificando á muchos mártires, aun del sexo y de la edad mas delicada. Querian quemar vivos á Lucio, Montano, Flaviano, Primolo y Victor; pero se contentaron despues con encerrarlos en una mazmorra por espacio de seis semanas, donde estuvieron á punto de morir de hambre y de sed, y despues fueron degollados.

El encarnizamiento con que trataron á los cristianos fué todavia mayor en Numidia. Hicieron una horrorosa mortandad de ellos á orillas del rio cerca de Lambesa, y en un sitio dominado por dos colinas, que parecian dispuestas á propósito para tan sangriento espectáculo. Era tal el número de los pacientes, que para evitar la confusion y para que bastase la gente que destinaban

para ejecutar tan espantoso trabajo, formaron de los mártires una larga fila; la que recorrian rápidamente los verdugos cortándoles las cabezas. Los historiadores dicen que los muertos fueron tantos que hubiesen impedido el curso del rio si se hubiesen tirado en un mismo paraje todos los cadáveres. Entre estos mártires fueron los mas célebres los Santos Santiago y Mariano, lector este y el otro diácono, los cuales antes de morir sufrieron los tormentos mas horribles: á San Mariano le colgaron por los dedos pulgares, poniéndole ademas un enorme peso en cada pie.

En Cesarea de Mauritania andaban buscando hacia mucho tiempo á Arcadio, que era uno de los sugetos mas principales de la ciudad, así por su religion como por su nobleza, y no pudiéndole hallar los encargados de prenderle, entraron en su casa, se apoderaron de uno de sus mas íntimos amigos, y juraron que no le pondrian en libertad hasta que descubriesen á Arcadio. Lo supo el confesor, y vino él mismo á entregarse á los que le perseguian, manifestándoles con esto que no era el miedo el que le habia precisado á ocultarse. Le llevaron ante el gobernador, al cual confundió Arcadio de tal suerte con la eficacia de sus razones que arrebatado de un furor ciego y del deseo de venganza, le condenó al suplicio mas cruel y mas pausado. Mandó que le dividiesen todo su cuerpo en menudos trozos y en distintas veces y sin tocar á ninguna de las partes esenciales que constituyen el principio de la existencia; cortáronle primeramente los dedos uno tras otro y articulacion por articulacion; luego los brazos por la juntura de la muñeca, despues por el codo, y finalmente por el hombro. Lo mismo hicieron parte por parte con los pies, las piernas y los muslos, sin que en medio de tan crueles dolores se le oyese quejar ni una sola vez; antes

por el contrario, al mirar con un semblante satisfecho todos sus miembros esparcidos á su alrededor, decia que de este modo era necesario perder el cuerpo para encontrarle mas seguramente en la vida eterna.

El Papa San Sixto, segundo de este nombre, que solamente habia gobernado la Iglesia el poco tiempo de once meses y dias, fué degollado en el discurso de esta misma persecucion, el día 6 de agosto del año 258, y la Santa Sede estuvo vacante cerca de un año, lo cual es otra nueva prueba de la espantosa violencia de la persecucion de Valeriano. Los cuerpos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo los habia trasladado San Sixto, en 29 de junio próximo anterior, á las catacumbas, que eran unos subterráneos muy espaciosos que habia tanto dentro como fuera de Roma, en donde los primeros cristianos, como ya se ha dicho, sepultaban á los mártires, y se ocultaban ellos mismos cuando tenian por conveniente huir de las pesquisas de los tiranos. Seria oponerse al sentir de los autores de mas nota confundir estos santos lugares con los cementerios que hacian los idolatras para sus esclavos: solo la prevencion contra el culto de las reliquias ó el espíritu de irreligion ha sido capaz de inventar esta falsedad que carece de pruebas y de fundamento; cuando por otra parte confunden claramente esta impostura las señales esculpidas en los sepulcros antiguos, como son la cruz y la palma, y las redomas tintas de sangre de los mártires enterrados en ellas; testimonios sagrados y permanentes que todavia hoy se están encontrando todos los dias en estos sepulcros.

San Lorenzo, *insigne español* (a), el

(a) Estas palabras las añadimos nosotros, porque el autor no dice que el Santo fuera español; la misma conducta observa Rohrbacher; y en verdad que semejante omision podria parecer estraña, si no se su-



primero de los siete diáconos, ó como le apellida San Agustin, el archidiacono de la Iglesia romana, siguió llorando al Papa San Sixto cuando le llevaban al martirio. Y pronosticándole este Santo que dentro de tres dias alcanzaria igual felicidad, distribuyó Lorenzo inmediatamente entre los pobres todos los tesoros de la Iglesia, incluso los vasos sagrados, temiendo que fuesen profanados. Quiso el prefecto de Roma tener parte en estas riquezas, y esperando alcanzarlo de un hombre tan desprendido como Lorenzo, comenzó á tratarle con distincion y dulzura. El santo Levita le ofreció descubrirle los tesoros de la Iglesia, y en el dia señalado para esto reunió la multitud inmensa de pobres que vivia á costa de la Iglesia romana, cuyo número pasaba de mil y quinientos en aquel año, sin entrar en cuenta las vírgenes sagradas y las viudas; y manifestándolos al prefecto le dijo: *estos son los depositarios de nuestros tesoros, á quienes yo he encargado que los trasportasen al cielo, para tenerlos mas seguros.* Arrebatado entonces de ira el avaro prefecto, incapaz de recibir la importante

pieza que estos autores eran extranjeros. Pero hemos creído deber suplir y reparar esta omision, añadiendo dichas palabras, porque está generalmente reconocido que San Lorenzo fué español, como lo demostró, así como tambien de S. Dámaso, el erudito Sr. Perez Bayer en una disertacion que acerca de la patria de estos dos Santos publicó en Roma en 1756. Nada se opondrá á esto el que se haya disputado algun tanto sobre si nuestro Santo fué natural de Córdoba ó de Valencia, ó de Tarragona; pues todas estas cuestiones secundarias parten del principio de que era español y no admiten duda en ello. Es sin embargo ya comunmente recibida la opinion de que el Santo era natural de Huesca en Aragon. Córdoba alegaba en su favor un santoral gótico que con mucho cuidado conserva su iglesia Catedral, y que se intitula *Flores Sanctorum*, en el cual se lee: *Lau-rentius martyr Cordubae natus, a beato Sixto Romanam deductus est;* pero el P. Juan Pinnio, uno de los continuadores de Bolando, pone á 10 de agosto esta misma leyenda de San Lorenzo, sacada de otro códice antiguo de Utrech, donde en lugar de *Cordubae natus*, se lee *genere hispanus*; en lo cual si dicho códice discrepa del citado Santoral de Córdoba, conviene sin embargo en que el Santo era español.

(N. del E.)

leccion que el Santo quiso darle, mandó le estendiesen sobre unas parrillas hechas ascua. Lorenzo se mostró insensible al dolor que le causaba tal tormento, y despues de un corto rato le dijo al prefecto: *manda que me vuelvan del otro lado, que de este ya estoy asado.* El tirano lo hizo así, y el Santo siguió diciéndole: *ya está la carne bien asada y en disposicion de que puedas empezar á comer de ella.* Esta firmeza, que San Lorenzo sostuvo hasta el postrer suspiro, se hizo tan célebre en toda la Iglesia y Dios manifestó de tal modo el principio que la producia que aun hoy dia se celebra la fiesta de este ilustre diácono con mas sòlemnidad que la de algunos Apóstoles.

La España cuenta otros varios mártires (a)

(a) Tambien aqui hemos modificado algun tanto el texto, pues el autor supone que estos Santos fueron los primeros mártires que hubo en España, y ya han visto nuestros lectores cuán inesacto es eso. Por lo demas, era tal la fama de estos Santos, que su fiesta se celebraba en muchos pueblos de África, y se leian públicamente las actas de su martirio que aun conservamos, y que siendo de tanta edificacion vamos á extractar.

De órden de Emiliano, gobernador de la provincia, fué llevado á la cárcel en un dia de domingo 16 de enero de 259, San Fructuoso, obispo de Tarragona, con sus dos diáconos Augurio y Eulogio. Allí permanecieron seis dias, en cuyo tiempo iban los fieles á verlos, á encomendarse en sus oraciones y á socorrerlos en lo que podian; el Santo Pastor tampoco permanecia ocioso, pues bautizó en la cárcel un catecúmeno. Tambien celebraron allí el ayuno del miércoles, en el cual, segun la costumbre, no se tomaba alimento hasta las tres de la tarde.—El viernes mandó Emiliano se le presentasen los tres, y comparecidos en su presencia les preguntó si sabian las órdenes que tenian dadas los emperadores. San Fructuoso respondió que las ignoraba; pero que él era cristiano. Replicóle Emiliano que los emperadores mandaban se adorase á los dioses; «pues yo, contestó Fructuoso, no adoro mas que á un solo Dios que hizo el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que contienen.»—«¿Cómo? continuó Emiliano, ¿ignoras acaso que hay muchos dioses.»—«No sé que los haya,» respondió el Santo.—«Pues yo haré que lo sepas,» añadió algo indignado el procónsul.—El Santo entonces levantó los ojos al cielo y se recojió en su interior para hacer oracion. Pero el procónsul añadió: «¿A quién se temerá y á quién se adorará, si no se teme á los dioses y se adoran las imágenes de los emperadores?»—Viendo Emiliano que con Fructuoso no adelantaba nada, dirigióse á Augurio diciéndole: «No has caso de las palabras de Fructuoso.»—Pero el santo diácono contestó: «Yo do c lto al Dios Omnipotente.»—Vuelvase entonces el procónsul al otro diácono Eulogio, y le dijo mañosamente: «¿Tú tambien das culto á Fructuoso?»—Mas no valió á Emiliano su astucia, pues el santo diácono Eulogio contestó con la mayor oportunidad: «Yo no doy culto á Fructuoso, sino á aquel á quien le da Fructuoso.»—Siendo, pues, tan inútiles las gestiones de Emiliano con los dos diáconos como lo habian sido con Fructuoso, dirigióse de nuevo á este y le preguntó si era obispo y contestado que fué afirmativamente por el Santo, le repuso Emiliano: «Lo fuiste.» En seguida pronunció la sentencia condenando á los tres á ser quemados vivos.

del mismo reinado; entre ellos á San Fructuoso, obispo de Tarragona, quemado vivo, junto con los dos diáconos Augurio y Eulogio. Los fieles que les acompañaban al suplicio les ofrecieron un licor espirituoso para confortarlos; pero como era viernes aquel dia, dijo el Santo obispo: «No han dado aun las tres, todavia no es hora de quebrantar el ayuno; y antes que sea, con-

tente.»—Vuelvase entonces el procónsul al otro diácono Eulogio, y le dijo mañosamente: «¿Tú tambien das culto á Fructuoso?»—Mas no valió á Emiliano su astucia, pues el santo diácono Eulogio contestó con la mayor oportunidad: «Yo no doy culto á Fructuoso, sino á aquel á quien le da Fructuoso.»—Siendo, pues, tan inútiles las gestiones de Emiliano con los dos diáconos como lo habian sido con Fructuoso, dirigióse de nuevo á este y le preguntó si era obispo y contestado que fué afirmativamente por el Santo, le repuso Emiliano: «Lo fuiste.» En seguida pronunció la sentencia condenando á los tres á ser quemados vivos.

Quando los conducian al suplicio, compadeciáanse los gentiles mismos al verlos; pero los santos mártires caminaban con la mayor alegría. Uno de los fieles compadecido de la ancianidad del santo obispo, le presentó una bebida de un licor compuesto que entonces se usaba; pero no siendo aun mas de las diez de la mañana, lo rehusó el Santo diciendo que aún no era hora de tomar alimento, porque era viernes, y los viernes y los miércoles no comian hasta las tres de la tarde. Luego que llegaron al anfiteatro, que era el lugar de la egecucion, todos los fieles querian á porfia hacer con el santo obispo algun oficio de caridad. Uno de sus lectores, llamado Augustal, le pidió con lágrimas le permitiera quitarle los zapatos; pero el santo obispo no lo consintió y se descalzó él mismo. Un soldado cristiano le suplicó tambien que se acordara de él; pero el Santo le contestó en voz alta: *Debo acordarme de toda la Iglesia estendida desde Levante á Poniente.* Sobre cuya respuesta, digna de tan santo obispo, discurre admirablemente San Agustin en uno de los elogios que pronunció de los Santos. Rogáronle que antes de morir dijese alguna cosa á su pueblo para su consuelo; y con efecto, el Santo exhortó á los fieles á no temer un dolor momentáneo, y á que esperasen, que no les faltaria pastor despues de su muerte. Habiendo atado á todos tres á otros tantos maderos y cercádolos de leña seca, el fuego que aplicaron se retiraba y no les causaba daño, quemando las llamas solamente los cordeles con que tenian atadas las manos los Santos, pero sin tocar á estos. Entonces ellos se pusieron de rodillas en oracion, con los brazos levantados en forma de cruz, segun su costumbre, y como las llamas en vez de consumirlos se apartaban, pidieron á Dios la gracia de ver prontamente acabados sus peligros con la muerte. Oyó el Señor sus súplicas, y todos tres á un tiempo entregaron su alma á Dios el dia 21 de enero del año 259, que es el mismo dia en que la Iglesia celebra su fiesta. Véase el P. M. Florez, t. 25, tr. 63, c. 2. (N. del E.)

no estar con los profetas y los santos mártires.)

Tuvieron tambien las Galias un grande número de ilustres víctimas de la fé, y á esta época se refiere comunmente el martirio de San Saturnino de Tolosa, de San Dionisio de Paris, y de otros muchos ministros del Evangelio, sacrificados con una grande multitud de fieles. Aureliano, uno de los capitanes mas famosos de su tiempo, y que fué despues emperador, era entonces gobernador de las Galias, y puede formarse una idea del trato que daria á los cristianos, por el odio implacable que tenia contra la Religion, reunido á su dureza marcial, ó por mejor decir, soldadesca, que las mas veces degeneraba en crueldad. Delataron una vez ante él en Troyes á un sugeto de distincion, llamado Patroclo, el cual cerró generosamente los oidos á cuantas sugestiones y demas medios usó Aureliano para hacerle vacilar en la fé; y no pudiéndole reducir, mandó le atasen las manos con cadenas hechas ascua y que le encerrasen así en una tenebrosa prision. Tres dias despues lo hizo conducir á su presencia, y como el mártir se manifestase aun mas animoso y resuelto que antes, mandó que le cortasen la cabeza.

El Oriente no acreditó menos firmeza en la fé. En Cesarea de Capadocia dió el jóven Cirilo el mayor ejemplo de edificacion á sus conciudadanos, glorificando en público el nombre de Jesucristo, y despreciando, así las chufetas de los jóvenes compañeros suyos, como los duros tratamientos de sus parientes. Prefirió ser arrojado de la casa paterna y verse privado de todo humano socorro, antes que desmayar un punto en la fé y en el fervor cristiano. Entonces el juez formó el proyecto de intimidarle con amenazas, mas esto solamente sirvió para hacer mas intrépida su confesion. Probó á reducirle por el camino de la dulzura, aca-



riciándole, y haciéndose medianero entre el jóven Cirilo y su padre, le prometió le volvería á establecer en su casa y en la posesion de sus bienes. Entonces Cirilo respondió: «gozo la mas sincera alegría en verme abatido y despreciado; me alegro de verme despedido de la casa paterna, otra mucho mas apreciable me está reservada; y la muerte, que tú miras como la última desgracia, es el camino que me guia á esta felicidad suprema.» Entonces le maniataron públicamente como para llevarle al suplicio; mas el juez tenia dada orden reservada para que únicamente le hiciesen miedo: sin embargo, el jóven héroe no derramó ni una lágrima, ni mudó de color, apresurándose antes bien á echar á andar hácia la hoguera, donde fingian quererle arrojar. Y habiéndole separado de aquel sitio y presentándole de nuevo al juez, le dijo con un tono inspirado: «Tirano, acabas de injuriarme en evitar mi muerte; el hierro y el fuego son los únicos favores que te pido; aspiro á riquezas que tu corto poder no me puede dar; no me prives por mas tiempo de ellas con tus juegos y astucias.» Anegábanse en lágrimas todos los circunstantes oyendo al mancebo; mas él les dijo: «vosotros, en vez de llorar, debírais alegraros é interesaros en mi triunfo; no sabeis cuál es el reino cuyas puertas tengo abiertas, y la dicha inefable que en él me espera.» Con tan admirables disposiciones logró al fin el jóven Cirilo recibir el golpe de la muerte.

Tres sugetos de distincion, llamados Prisco, Malco y Alejandro, fueron condenados á ser pasto de las fieras en Cesarea de Palestina. En Antioquia habia dos cristianos, el sacerdote Sapricio y su amigo Nicéforo, los cuales, despues de haberse querido como hermanos, se aborrecieron tanto quanto antes se amaban, y escandalizaban á los fieles poco acostumbrados á tales disensiones. Nicéforo, aunque lego fué el primero que refle-

xionando con detencion quiso acabarlas, y se valió muchas veces de los amigos comunes á ambos para reconciliarse con Sapricio; pero todo fué inútil. Insistió sin embargo y llegó hasta postrarse él mismo ante el sacerdote pidiéndole perdon; mas nada pudo alcanzar. En este intermedio fué apresado Sapricio por causa de Religion, y confesó generosamente no solo que era cristiano sino tambien sacerdote. El gobernador mandó lo arrojasen en una especie de prensa en donde padeció los mas horrosos y dilatados tormentos; y como perseverase en su confesion, se le condenó á muerte. Nicéforo lo supo y fué de nuevo llorando á echarse á los pies del sacerdote, diciéndole: «perdonadme, mártir de Jesucristo; perdonadme, así como él perdonó á los que le crucificaban;» pero Sapricio volvió la vista á otra parte y no respondió palabra. Nicéforo repitió sus instancias y suplicó con tanta vehemencia, que los paganos se burlaron de él como de un loco, no conociendo la causa poderosa que le movia á solicitar con tanto empeño el reconciliarse con un hombre que iba á ser degollado. Llegó por fin el instante de la egecucion, y el verdugo dijo á Sapricio que se arrojase para recibir el golpe; mas entonces el desventurado renegó de Jesucristo y ofreció que sacrificaría á los ídolos. «No, hermano mio, le gritó Nicéforo, no te desprendas de ese modo de la corona ya teñida con tu sangre, y que te es debida en recompensa de los tormentos que has padecido; ni niegues así al Salvador que va á ponerla sobre tu cabeza.» Mas no haciendo estas palabras la menor impresion en el ánimo ya pervertido de Sapricio, el inconsolable Nicéforo alzó la voz y dijo: «Yo tambien soy cristiano y confieso lo que el sacerdote Sapricio acaba de abjurar; permítaseme reparar el escándalo que está dando y morir en su puesto.» Sin noticia del gobernador no osaron resolver, y fué

ron corriendo á decirle lo que pasaba, y este respondió que al momento diesen libertad al renegado y degollasen á Nicéforo. De este modo la corona del martirio fué arrebatada de la cabeza del indigno y malaventurado sacerdote, para ser conferida al otro santo y caritativo lego.

Tambien volvió por el honor del estado eclesiástico, que tanto habia ajado Sapricio con su apostasia, otro sacerdote llamado Felix, y le restituyó su antiguo esplendor é hizo resaltar la caridad cristiana ofendida con tan lamentable ofensa. Consumióse la mayor parte de la vida de este nuevo confesor en los tormentos que padeció por el nombre de Jesucristo, tan dilatados y numerosos, que no es posible designar sus distintas épocas, y solo puede decirse que terminaron en la persecucion de Valeriano. Felix era un sacerdote de la ciudad de Nola en Campania, lugar de su nacimiento: amábale el anciano Máximo, su obispo, como á hijo suyo y le tenia destinado para que fuera su sucesor. Mas la persecucion de Decio ó de Galo obligó á Máximo á fugarse á lugares desconocidos y retirados. Prendieron, pues, á Felix como á ministro principal de los cristianos despues del obispo, y le encarcelaron; cargaronle de cadenas, y bien atado de pies y manos le estendieron sobre los cascos de mil vasijas hechas pedazos.

Estaba entretanto á punto de morir de hambre y de frio el anciano obispo, falto de todo lo necesario, oculto en un monte, en cuya aspereza se habia refugiado. Aparecióse un ángel á Felix por la noche, y le mandó fuese pronto á socorrer á su pastor. Felix, á quien la prision parecia oponer un obstáculo invencible á su obediencia, miró aquel mandato como un efecto de su imaginacion grandemente afectada mientras el sueño con los pensamientos que la ocupaban de dia. Pero el ángel insistió y le mandó que se levantase, y al punto cayeron

las cadenas de las manos del preso, sus pies se soltaron, abriéronse las puertas de la prision y salió por entre los guardas que dormian, caminando como á la ventura, aunque guiado invisiblemente por caminos que le eran desconocidos. Arribó al monte en donde el obispo, sin haber tomado alimento hacia algunos dias, se hallaba del todo sin fuerzas, y en un estado de desfallecimiento muy parecido á la muerte. Felix, que nada llevaba consigo para confortarle, púsose en oracion, y viendo cerca de sí un racimo de uvas pendiente de unos abrojos, los esprimió entre sus manos y destiló el zumo en la boca del anciano, el cual con este socorro comenzó á volver en sí. Cargóle inmediatamente Felix sobre sus hombros y le llevó á su iglesia, como el santo obispo se lo rogaba. Cuando hubo llegado á la casa del anciano, llamó á la puerta, y una muger vieja que era la única persona que tenia para su asistencia, abrió despavorida, conoció y recibió á su amo, á quien Felix dejó poco despues con el fin de irse á ocultar á su casa, colmado de las bendiciones del Santo Pastor.

Verosímilmente bajo el imperio de Valeriano volvieron á buscar á Felix, despues de algun tiempo de paz; mas aunque lo conocian los guardas perfectamente, pasaron estos por su lado sin verle un dia en que le perseguian; pero habiendo reparado en él despues uno de ellos, avisó á los otros y volvieron atrás para prenderle. Ocultóse Felix prontamente en una casa arruinada que estaba á la orilla del camino, en la que ciertamente iba á ser preso, porque los guardas sabian que acababa de entrar en ella: pero una abertura por la cual habia pasado para ocultarse se vió cubierta súbitamente con telas de araña muy espesas, de manera que los guardas no pudieron pensar que un hombre fuese capaz de entrar por allí sin romperlas, ni que hubieran podido tejerse